



**Netsuke**



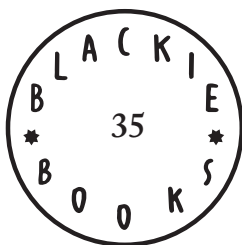
RIKKI DUCORNET ha publicado ocho novelas, tres volúmenes de relatos, una selección de ensayos y cinco poemarios. *Netsuke* es su libro más reciente, publicado en Estados Unidos en 2011.

La obra literaria de Ducornet ha sido premiada por el Bard College y la Academia Americana de las Artes y las Letras, y se ha traducido del inglés a numerosas lenguas.

Ducornet también es pintora y, además de haber expuesto su obra pictórica en diversos espacios alrededor del mundo, ha ilustrado publicaciones de Robert Coover, Jorge Luis Borges y otros autores.

**RIKKI DUCORNET**

**Netsuke**



Traducción de Ismael Attrache

Título original: *Netsuke*

Diseño de colección: Setanta

[www.setanta.es](http://www.setanta.es)

© de la ilustración de cubierta: Sergi Pérez

© del texto: Rikki Ducornet, 2011. Publicado por primera vez en Estados Unidos por Coffee House Press, Minneapolis, Minnesota

© de la traducción: Ismael Attrache

© de la edición: Blackie Books S.L.U.

Calle Església, 4-10

08024 Barcelona

[www.blackiebooks.org](http://www.blackiebooks.org)

[info@blackiebooks.org](mailto:info@blackiebooks.org)

Maquetación: David Anglès

Impresión: Cayfosa

Impreso en España

Primera edición: mayo de 2013

ISBN: 978-84-938817-7-1

Depósito legal: B-7507-2013

Todos los derechos están reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación sin el permiso expreso de los titulares del copyright.



Yo soy mi propio escondite.

JOË BOUSQUET



Uno

*Aunque todavía es muy temprano, la plenitud del día se cierne sobre él.*

*Empieza a correr. Escucha a Monteverdi y corre. Está delgado y musculoso. Avanza con el hambre de un lobo. El firmamento de hojas que se extiende por encima de él tiene un aire majestuoso. El sol acaba de alzarse sobre el borde del mundo.*

*Sus días están compuestos por lo que él llama «el tiempo real» y «los intersticios». El tiempo real le brinda una identidad, un equilibrio. Pero los intersticios le brindan la vida. El sol empieza a derramarse por el camino. Corre envuelto en motas de luz. Enganchado a Monteverdi, no oye el alboroto de los pájaros en los árboles. Corre como si fuera una criatura de los bosques de una etapa anterior al verdadero comienzo del mundo. Muy anterior incluso a la concepción de las primeras grandes ciudades del mundo. Nota su sexo al correr.*

*Hay una mujer guapa, a la que seguramente él dobla en edad, que también corre, en dirección opuesta a la suya. Cuando están a punto de cruzarse, la mirada de él se abalanza sobre la de ella. La mujer aminora la marcha, se da la vuelta y empieza a caminar de espaldas, mirándolo. Cuando él gira la cabeza, ella suelta una carcajada. Se levanta una ligera brisa. La música de Monteverdi hace que el día reluzca. Sin dejar de reír, ella se da la vuelta de nuevo y*

se interna entre los árboles. Aquello parece una película, quizá una escena sacada de los dibujos animados: él interpreta el papel de centauro y ella, el de ninfa. Sí, eso es: un centauro.

En un instante el mundo se condensa en un punto de luz y calor. Salen del camino y se adentran entre los árboles; empiezan a devorarse la lengua y los dientes, jadean cuando se detienen para coger aire. Él la empuja contra un árbol y la posee. Ella le transmite una sensación de ardor en el centro mismo de su existencia. Él nunca se cansará de follársela. Ella lo monta a él, él a ella; ella se ahoga, él se zambulle en las profundidades de la mujer; ella gime; ella tiembla; ella dice «madre mía» y suelta otra carcajada, pero muy leve; él sale de ella y con un gesto elegante, casi imperceptible, se vuelve a meter la polla en los calzoncillos; él duda un momento; él le acaricia tiernamente la mejilla con el dorso de la mano y dice:

—Lo siento, cariño. Tengo que ir a trabajar.

—Ya —responde ella con una sonrisa sin dejar de mirarlo; él se ha agachado e intenta atarse una zapatilla. Ella suspira y también recobra la compostura—. ¿En qué trabajas? —pregunta como de pasada. Sin querer parecer excesivamente curiosa. Necesitada.

—Soy psicoanalista —responde él, ahora con prisas por retomar su actividad cotidiana. Piensa que ella parece una niña; la goma elástica apenas le sujeta el pelo de color pajizo. Una niña de aspecto muy dulce. Una margarita, una de las muchas que hay en el campo.

—Hasta luego, cielo —le dice, y se marcha, volviéndose otra vez para saludarla, un gesto simpático, atento y, sin embargo...

—¡Oye! —exclama ella sin moverse. Él ya está desapareciendo por el camino—. ¡Oye!

Los dos viven en una gran ciudad.

Ya en casa, él se ducha, formando mucha espuma al frotarse; es Neptuno en medio de un mar de espuma. Es un dios que vuelve al mundo real colándose por los intersticios. Recuerda que, para los

dioses, eran precisamente los intersticios los que constituían el mundo real: un campo de recreo, un espejo de los cielos, un teatro. Todas las mañanas, después de correr, sucede lo mismo: envuelto en espuma, reflexiona mientras recibe el violento chorro de agua. Se queda una hora en la ducha, rehaciéndose, renovándose. Ese proceso, cree él, es alquímico. Hoy se siente especialmente filosófico. Cavila sobre la naturaleza de las mujeres. Las margaritas del campo, tan follables, tan frágiles. Las que exclaman «¡Oye!» y dan pisotones de irritación, como si fueran yeguas. Las que florecen pronto y acaban siendo víctimas de los nervios. Las que se sobresaltan con facilidad y se agrían en un instante; con ellas, el amor es como chupar un limón. Las mujeres vagas y descuidadas que necesitan una sesión de pedicura; aquellas a las que, cuando cae la noche, ves deambulando, desaliñadas, por los bares de tapas. Las actrices entradas en años, las que exhiben sus tiernas inseguridades. Alcohólicas incandescentes tan peligrosas como los sueños febriles, fantásticas a primera hora de la noche, pero solo entonces. Las que parecen camaleones. Las guapísimas y exóticas con tendencia a los arrebatos de mal genio. Las seductoras norteafricanas, con esos coños que recuerdan un pasamontañas. Las antílopes incapaces de sosegar: un polvo estupendo en un avión, un taxi, el tren. La nueva amante a la que te follas antes de irte a cenar con tu mujer. Las mujeres que te infunden valor (de las que hay muy pocas). Las desbocadas, con melenas de color magenta, que llevan botas todo el año. La puta que destruyó a Enkidu, la que le enseñó lo que sabe hacer una mujer. Las tribales, a quienes les gusta el sexo en grupos muy numerosos. Las mujeres que, en Navidad, se plantean suicidarse. Las cachondas. Las que hablan demasiado. Las que matan con sus silencios. Las que asumen riesgos. Las que tienen Grandes Ideas. Las zorras letales que matan con una mirada. Las tiernas, las Feyarway, que son como islas y aman en cautelosa soledad, y dan masajes en los pies. Estas mojan mucho las bragas y las abandonas con toda sensatez, sin dejar de arrullarlas como si fueran una paloma. Las clientas a las que te follas por

*un supuesto Experimento Único. Las esposas a las que se traiciona de forma desmesurada. La mujer actual: Akiko. Aquella en la que los intersticios se vieron superados, aunque brevemente, por Lo Real. Akiko, cuya belleza ya no perturba sus sueños. (Los coños saturan su mundo y lleva siglos sin desear el de su mujer.)*

*Un viejo Príncipe de la Oscuridad: en eso se ha convertido. Con los dientes desgastados hasta las encías, la lengua hinchada de tanto usarla, la polla, al igual que el corazón, a punto de romperse.*

## I

Detrás de la casa se extiende un pequeño parque privado que Akiko ha transformado en un decorado sacado de *La historia de Genji*; en él hay un sendero ancho que lleva a los caminos públicos, a los matorrales, a un pantano, a un lago.

Por las mañanas salgo corriendo de nuestra casa y entro en los terrenos municipales, muchas veces solo, al alba. Puedo pasarme una hora corriendo, sin oír el menor rumor de tráfico urbano. A esa hora tan temprana ese entorno es algo más que grandioso: es un lugar mítico. Corro hacia el pasado; no hacia el mío, me refiero, sino hacia otro lejano y primigenio. Un pasado en el que mi infancia, el desastroso estado actual de las cosas e incluso la gran ciudad situada detrás del acantilado resultan inimaginables.

Hoy, al volver a casa, veo que las luces del estudio de Akiko están encendidas. Eso significa que voy a encontrar un termo de té verde recién hecho en la encimera de la cocina. Un gesto de lo más cariñoso, teniendo en cuenta lo esquivo que me muestro con ella. Akiko ha acabado confundiendo esa actitud esquiva con un carácter retraído. Según ella, soy «uno de esos hombres callados». Mi silencio oculta un caudal de palabras que no conviene revelar.

Llevamos diez años juntos. Tiempo suficiente para que mis peculiaridades hayan ido perdiendo intensidad hasta volverse invisibles. Akiko también ha perdido intensidad: ella es ese ruido de fondo del que he acabado por depender y sin el que seguramente no podría vivir. Akiko tiene algo de bruja, de clarividente. Sus asombrosos sueños son sagaces, quirúrgicos. Me obligan a no bajar la guardia. Este matrimonio nuestro supone un riesgo para ambos. Ella corre peligro porque yo miento continuamente, y lo habitual de esas mentiras ha restado fuerza a su don y la ha sumido en la confusión. El amor la ha llevado a desconfiar de lo que intuye. Pero yo también corro peligro, porque me resulta imposible no darle pistas. Antes o después, no podré evitar titubear, le brindaré una pista de más, y así provocaré que nos destruyamos los dos. Cuando yo caiga, ella caerá conmigo. Cabe la posibilidad de que eso sea un alivio.

## 2

Lo que necesito en mi profesión se encuentra en una estantería que es como la cocina del diablo. Aislado, al margen de toda sospecha, el dolor de los otros me proporciona placer y sustento. La carnalidad de los demás. Las idas y venidas incesantes de la marea formada por la inconstancia, la negligencia, la cobardía de los humanos.

En el mundo que yo conozco, antes o después todos acaban siendo víctimas de la traición.

No he sido yo quien ha inventado mi profesión. Lo que quiero decir, más o menos, es que la he heredado. Llevo desde la infancia deambulando por sus laberintos. No conozco otra forma de vivir, cosa que lamento con frecuencia. Mi profesión constituye la extensión inevitable de mi dilema íntimo y personal; algo letal, sin lo cual, no obstante, perecería. Diligentemente distribuyo sus venenos. Diligentemente orquesto los días. Como si se tratara de una partida de ajedrez, en mi profesión proponemos una serie infinita de circunstancias. Bueno, no del todo infinita. Porque empiezo a percibir (y reconocer esto resulta aterrador) lo innecesarias que son y lo comprimidas que están las partidas que juego.



Mis clientes se sienten frustrados, incompletos y solos.

Inevitablemente, antes o después, utilizo y penetro a la paciente que esperaba eso de mí desde el principio. O que ha tardado en desearlo pero ha acabado por hacerlo. Las clientas siempre suponen que follarse al médico constituye una victoria. Aunque yo siempre siento curiosidad, desde el principio. Así estoy hecho. Si la otra persona es atractiva, no puedo remediar plantearme la siguiente pregunta: ¿es un hombre o una mujer follable? Una determinación escandalosa. Sin embargo, follar es el único determinismo que cuenta. El único episodio inevitable. En ese sentido, exactamente igual que la muerte. Sabes que follarás y que serás follado; sabes que morirás y que quizá serás asesinado. Y que a lo mejor asesinarás.

He vivido encuentros sexuales trascendentes, pero me asusta todo lo que prometen. Los riesgos del goce son inmensos. El bebé que recibe el alimento de los senos de una loca, que se sume en un sueño intermitente y delicioso, recibe una violenta bofetada. La recibe mientras sorbe, y se desteta enseñada. En un plazo de tiempo muy corto ha aprendido a mamar, a morder y a prescindir de todo ello. Siempre en pos de algo a lo que engancharse, se interna en el mundo de los hombres con un refinado arsenal de herramientas afiladas. Se convertirá en un matón, en un maníaco, se hará soldado; llegará a ser sacerdote, guardia de prisiones, policía. Un dogmático, un patriarca: indudablemente, un peligro público. Se hará psicoanalista. Tendrá una consulta.

Aprenderá a desmenuzar. Se reirá como un lobo. Atravesará las calles de la ciudad como una cuchilla que corta el agua. Su reino serán las calles, las tiendas secretas del placer, las puertas secretas (¡tengo un cajón lleno de llaves!) que dan a habitaciones maravillosas, desconocidas, destartaladas. Le atraen y le horrorizan las habitaciones destartaladas. El almacén vacío del vagabundo, el dormitorio diminuto y atestado de la depen-

dienta, la confusión saturada de la pajarera de la drag queen, cuyo suelo resbala por la laca y el talco. (Tiene que cuidarse de eliminar esos olores, quitarse el polvo de la espalda antes de llegar a casa.)

A diferencia de las clientas, es poco probable que un hombre que se pone pelucas, un chico que huele a desnutrición, contrate a un abogado.

En los últimos años he tenido muy abandonada a Akiko. En la actualidad vivimos más o menos en universos paralelos. A veces la atisbo paseando por el jardín con su gesto de ensoñación. A veces desaparece durante más de una semana. Mi mujer expone sus obras en ciudades lejanas, donde se las valora mucho. Lo que no me extraña.

Hay momentos en que admiro su imaginación. La autonomía que le brinda (¡con la necesidad de compañía que tengo yo!). Día tras día se pasea por su estudio con las tijeras, el bote de pegamento, las imágenes que ha ido escogiendo de diversas épocas y lugares. Parece una criatura sacada de un cuento de hadas, mi Akiko: hermosa, etérea, viviendo gran parte de su vida con sus tijeras como única compañía y, en silencio, juntando trozos de papel.

Al volver de sus viajes siempre me trae historias y regalos. Netsuke muy valiosos, por ejemplo, aunque a mí los artefactos estéticos me interesan más bien poco.